

## **110 ISOTOPOS POR HORA.**

Los dos hechos más relevantes que ocupan la reciente actualidad informativa, terremoto en Japón y guerra en Libia, a pesar de su distinta naturaleza tienen un trasfondo común. Ambos están relacionados con uno de los principales retos del futuro; La energía. También han contribuido a poner sobre la mesa varias obviedades. Que España tiene una gran dependencia energética del exterior, que el 20 % de la electricidad nacional es de origen nuclear, y que somos una potencia en energías renovables que nos salen en un ojo de la cara.

La dependencia energética, o del petróleo, de España no es un hecho nuevo. "Las remesas de los emigrantes y los ingresos del turismo compensan el déficit de la balanza comercial energética", era la letanía de los manuales de estructura económica de España de los setenta. La causa de dicha dependencia es sencilla. En los últimos años hemos creado una economía con un metabolismo energético feroz. En España producir mil euros de PIB necesita la anergia de 175 kilos de petróleo equivalente, mientras que Alemania solo necesita 130. Esa ineficiencia se traduce en unas emisiones de CO2 proporcionalmente mayores, razón por la cual incumplimos reiteradamente el protocolo de Kioto. Esta situación tiene, entre otras, dos causas principales. El despilfarro y el transporte.

Hace seis años la Agencia Internacional de la Energía estimó que España podría ahorrar hasta el 1,5 % de su PIB, es decir unos 12.000 millones de euros, mediante políticas de ahorro energético en la industria y el sector residencial. Con ese objetivo dicha agencia propuso la adopción de una batería de medidas. En 2010 el mismo organismo internacional informo de que el Reino de España solo había adoptado el 10% de dichas medidas, ocupando el penúltimo puesto mundial en eficiencia energética.

Por su parte el transporte consume casi la mitad de nuestras importaciones de petróleo en trasladar principalmente mercancías en largo recorrido y personas en corto recorrido, ambas por carretera. La respuesta oficial ha sido dotarnos de la mayor red de AVE de Europa para transportar personas en largo recorrido compitiendo con una infraestructura de casi cincuenta aeropuertos provinciales. Mientras tanto nuestros alcaldes han diseñado ciudades y áreas metropolitanas en las que la movilidad de personas en recorridos cortos es casi imposible sin automóvil privado. Una vez más se

ha desperdiciado una gran oportunidad. Electrificar las líneas férreas para trasladar por este medio hasta el 22% de las mercancías en trenes de largo recorrido y crear una red de ferrocarriles metropolitanos para el transporte de personas. De esta forma se crearía lo que las energías renovables reamente necesitan para financiar su desarrollo. Demanda eléctrica. Es simplemente lo que hacen en Alemania o Suecia.

Mientras tanto solo el 4% de nuestras mercancías se mueven en tren diesel, endosamos la financiación de las renovables a los consumidores, hemos construido miles de viviendas, mal aisladas y peor comunicadas y nuestros políticos inauguran estaciones de AVE y aeropuertos antes de ser nombrados consejeros de alguna compañía petrolera, quizá como premio a los servicios prestados.

Dentro de unos pocos años, cuando los muertos en Libia y Fukushima dejen de ser noticia, el problema energético volverá a estar en las agendas políticas. Entonces nos dirán que solo hay dos soluciones al dilema que plantea nuestro desenfrenado estilo de vida energético. Pagar más o asumir los riesgos inherentes a la energía nuclear. A veces la improvisación tiene la virtud de conseguir objetivos distintos a los buscados. En nuestro caso habremos conseguido reducir notablemente las víctimas de accidentes de tráfico con una ineficaz medida de ahorro energético. Reducir la velocidad en carretera.

Carlos Montero.

Abogado y consultor ambiental.